

MUÉRETE ¡Y VERÁS!

ACTO PRIMERO: LA DESPEDIDA

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera

ESCENA PRIMERA

**** D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO**

[Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales, equipados como de camino. Y gentes del pueblo que se supone van a ver salir la tropa]

<p>ANTONIO. [Saliendo del café.] Salgamos, Lupercio, a ver lo que pasa por la calle. LUPERC. Ya transita poca gente. MARIANO. Como por aquí no sale la columna... LUPERC. Quiera Dios. que a los facciosos alcancen y los destruyan. ANTONIO. ¿Qué fuerza va a marchar? LUPERC. Dos mil infantes y ciento veinte caballos entre tropa y nacionales movilizados. MARIANO. Venid. que ya es regular que marchen en breve. ANTONIO. No tengas prisa. Cuando están los oficiales tan despacio en el café... LUPERC. Sí. Ahí quedan don Pablo Yagüe y don Matías Calanda; pero éste un botarate que cuando está en una broma no oye cajas ni timbales, y don Pablo embelesado en los ojos de su amable Jacinta.- ANTONIO. Pues malas lenguas dicen que el otro compadre gusta también de la niña, y si puede desbancarle... LUPERC. Por ahora es el preferido don Pablo. Más adelante, no diré... Porque en mujeres no hay que fiar, y el carácter de Jacinta es, en mi juicio, más veleidoso que el aire. MARIANO. Sin embargo, tiene mil apasionados, y nadie piensa en Isabel, su hermana, aunque yo creo que vale mucho más.</p>	<p>ELÍAS. No es decir que desconfío... Ahí en el café lo pongo en dos plumadas... PABLO. Lo firmo y estamos del otro lado. [8e reúne con los demás interlocutores. D.Elías va a entrar en el café, y a la puerta le detiene D. Antonio.] Cierta negocio preciso ha motivado mi ausencia... ELÍAS. Tengo prisa. ANTONIO. Necesito... [Siguen hablando los dos en voz baja) PABLO. Ahora soy todo de ustedes hasta ponerme en camino. ISABEL. (¡Le quiero más que a mi vida, y me parece delito el mirarle!) ELÍAS. Ya hablaremos, Ya sabe usted dónde vivo... (¡ Cuando el otro va a partir me detieDe este maldito!) ANTONIO. La hipoteca es abonada. ELÍAS. Bien, sí... ANTONIO. Corrientes los títulos... Si hoy no me socorre usted mañana me pego un tiro. ELÍAS. (¡No hay quien te lo pegue ahora!) [con un pie dentro del café) Veremos... ANTONIO. Pero... ELÍAS. Lo dicho. [Entra en e1 café.) LUPERC. [A D. Antonio y a D. Mariano.) Vamos a ver la columna. ¿Qué hacemos en este sitio? ANTONIO. Sí, vámonos. Señoritas, a los pies de ustedes. Chicos, ¡buen viaje! MATÍAS. ¡Abur! JACINTA. Beso a ustedes la mano. PABLO. [Está muy entretenido</p>
---	---

<p>ANTONIO. Mal gusto tienes. Ella podrá ser un ángel, mas ¡tan callada!...</p> <p>MARIANO. Es modestia.</p> <p>ANTONIO. Sosería. Aquel donaire de Jacinta, aquel mirar, aquel despejo, aquel talle...</p> <p>MARIANO. No es menos bella Isabel, Pero desconoce el arte de coquetear y fingir. Si yo hubiera de casarme con alguna de las dos...</p> <p>ANTONIO. ¡ Eh! no digas disparates.</p> <p>LUPERC. Filósofo estás, Mariano.</p> <p>ANTONIO. Perdió anoche dos mil reales al ecarté, y no me admiro..,</p> <p>MARIANO. No reprobará el enlace de su hermana don Froilán. pues sufre que la acompañe don Pablo, y le dé convites..</p> <p>LUPERC. Como en ellos tenga parte, no haya miedo que por eso se incomode. Es el más grande egofsta...</p> <p>ANTONIO. Es un amigo, y no debo criticarle; mas por no mover un brazo morir dejara a su padre si lo tuviera.</p> <p>LUPERC. Y en todo ve peligros y desastres. ¡ Que agorero ¡ Otra campana de Velilla.</p> <p>ANTONIO. Eso lo hace por disculpar su egoísmo. Ya se ve, cuando a los males no hay remedio, es excusado que los médicos se cansen.</p> <p>MARIANO. ¡Antonio! ten caridad. Y nosotros, paseantes y ociosos de profesión, ¿qué hacemos en este valle de lágrimas?</p> <p>ANTONIO. ¡Ehl... Nosotros, aunque somos holgazanes, servimos de algo en el mundo. Acreditamos a un sastre, alegramos las tertulias, sostenemos los billares, y brindamos en la fonda por las patrias libertades,</p> <p>LUPERC. A propósito, ¿ estarán almorzando hasta la tarde ?- Pero ya sale don Pablo.</p>	<p>hablando con Jacinta desde que se acercó al corro.)</p> <p>Adiós...</p> <p>LUPERC. Si servimos de algo...</p> <p>MARIANO. Que escribáis...</p> <p>FROILÁN. Señores... (¡ Gracias a Dios que se han ido ¡)</p> <p>ESCENA VII</p> <p>JACINTA, ISABEL, D. PABLO, D. MATÍAS, D. FROILÁN</p> <p>MATÍAS. (Ellos en dulce coloquio y yo aquí siendo testigo... Me largo con viento fresco, que es cruel este suplicio.) La columna va a marchar y yo no me he despedido de mi familia. Madamas, ¡hasta la vuelta!</p> <p>FROILAN. Repito...</p> <p>ISABEL. Buen viaje.</p> <p>JACINTA. Abur, don Matías,</p> <p>MATÍAS. (¡Ah! Voy hecho un basilisco. Vosotros lo pagaréis, Soldados de Carlos Quinto.)</p> <p>ESCENA VIII ISABEL, JACINTA, D. PABLO, D. FROILAN, D. ELÍAS [Siguen hablando aparte D. Pablo Y Jacinta.)</p> <p>ISABEL. (¡Qué felices son! Y yo... ¡ Suerte infeliz, suerte amarga la de una mujer!. Mis labios sella la vergüenza. El alma se me arranca, y yo no puedo decir: ese hombre me mata!) [se sienta afligida)</p> <p>FROILÁN. Despacio la toman. [A la puerta del café.) ¡ Mozo!</p> <p>La Gaceta. Nunca acaban de hablar los enamorados. (El mozo le trae la Gaceta, se sienta Y la lee. Sale don Elías del café con el recibo en la mano.)</p> <p>ELÍAS, ¿No es raro que en estas casas nunca ha de haber un tintero corriente ? [Acercándose con el recibo en la mano a D. Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.]</p> <p>Ya sólo falta que firme usted...</p> <p>JACINTA. Sí, mi Pablo. Mi corazón se desgarrá al verte partir. Si el freno</p>
--	--

ESCENA II

D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO, D. PABLO *

[Don Pablo viste uniforme de teniente de nacionales movilizados]

PABLO, (Ese usurero bergante no parece, y necesito que me preste para el viaje diez onzas. Estos tal vez me dirán...) ¿Ustedes saben dónde para don Elías?
MARIANO. No.
LUPERC. No sé.
PABLO. Voy a buscarle.

ESCENA III

D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO

ANTONIO. Ya anda en busca de usureros.
MARIANO. Ya se ve, itanto gastar!...
LUPERC. Ese hombre se va a arruinar,
ANTONIO. Le vamos a ver en cueros.
MARIANO. Su patrimonio es crecido.
LUPERC. Su vanidad es mayor.
ANTONIO. Libertino...
LUPERC. Jugador...
MARIANO. Disipado...
ANTONIO. Corrompido.
¿Veis el ardor con que pinta la pasión que le sujeta?
Pues que me lleve pateta.
Si se casa con Jacinta.
LUPERC. Yo sé que tiene otra moza.
MARIANO. Sí, la viuda de Quirós
ANTONIO. Pues se olvida de las dos al salir de Zaragoza.
LUPERC. Con la seducción y el dolo otras hallará al momento.
MARIANO. Presume tener talento...
ANTONIO. Es un ignorante, un bolo.
LUPERC. Aunque atusando el bigote se tiene por muy galán, me parece a mí un gañán.
ANTONIO. Y a mí un Judas Iscariote.

ESCENA IV

D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO, D. FROILAN.

del pudor no me atajara, tan briosa como amante te siguiera a la campaña. Mas, ya que de este placer me privan leyes tiranas; ya que viva no te sigo, ya que el cielo nos separa, he aquí mi retrato : toma, [Da el retrato a D. Pablo.] bien mío, y amor le haga escudo que te defienda de las enemigas lanzas.
ISABEL. (¡Qué suplicio!}
ELÍAS. Con permiso..,
PABLO. [Buscando el retrato. que guarda luego en el pecho] ¡Oh, don precioso!, tú inflamas mi valor, que con la pena de ausentarme desmayaba. Ahora me siento capaz de las mayores hazañas.
ISABEL. (¡Qué no me muriera aquí!}
ELÍAS. Con licencia de esa dama, la firma...
FROILÁN. [Levantándose, y acercándose a D. Pablo.] ¡Ah, señor don Pablo!
ELÍAS. (¡Este llorón me faltaba!}
FROILÁN. ¡Inútil valor! ¡Inútil patriotismo! Está ya echada la suerte. ¡Pobre nación! ¡Volverá a gemir esclava. El genio del mal persigue a la miserable España. Tanto afán, tantos tesoros, tanta sangre derramada ¿de qué han servido? La hidra de la rebelión levanta sus cien cabezas. El cielo nos abandona... ¡No hay patria!
ELÍAS. [A D. Pablo.] Mientras don Froilán parodia la tragedia de Quintana, firme usted...
PABLO. Mucho me admiran, don Froilán, esas palabras en boca de un español, de quien liberal se llama.
FROILÁN. Ya verá usted...
PABLO. Ese cuadro es el parto de una amarga misantropía... No quiero atribuirle otra causa. Mas yo supongo que es fiel; que mil desastres amagan al Estado; que peligrará la libertad. Por ser ardua

D. FROILAN.

FROILÁN. ¿Todavía por aquí, caballeros ?

ANTONIO. ¡ Don Froilán !

FROILÁN. ¿ No van ustedes a ver la columna desfilar?

LUPERC. Eso pensamos. Supongo que también usted irá con las niñas...

FROILÁN. No por cierto.

Hoy tengo un espín mortal.

Estoy malo. Hace mal día.

MARIANO. Hombre, ¡ si hace un sol que da

regocijo !

FROILÁN. Sin embargo, el viento se va a mudar...,

y yo tengo para mí que esta tarde nevará.

ANTONIO. El calendario de usted, amigo, es siempre fatal,

FROILAN. Nevará. ¡ Pobre milicia!

¡Qué trabajos va a pasar!

ANTONIO. Mucho sentirá don Pablo marcharse de la ciudad

dejándose aquí a la bella

Jacinta. Dicen que ya

se trataba de la boda.

FROILAN. Sí, pero ¡ buenos están los tiempos para casorios!

Yo no quiero contrariar el gusto de mis bermanas,

pero pronostico malos ese casamiento.

LUPERC. ¡Cómo!

¿No iban con gusto al altar ambos contrayentes?

FROILÁN. Mucho, mas si la fatalidad

hiciera... Anoche Jacinta

vertió en la mesa la sal

nombrando a don Pablo.

MARIANO. Y eso

¿qué puede significar...?

FROILÁN. Es mal agüero. Ese viaje inesperado, es quizá

otro aviso de los cielos...

Piensa mal y acertarás, dice el refrán.

ANTONIO. Si es funesta

esa coyunda nupcial,

¿por qué no interpone usted su fraterna autoridad

para que no se efectúe?

FROILÁN. No, amigo, no haré yo tal.

Las voluntades son libres;

¡a lid, ¿debemos acaso abandonar la demanda?

¿Ha de faltarnos el brío primero que la esperanza?

¿ Doblaremos la cerviz antes de probar la espada?

Sacrificios, no clamores; tesón, virtudes, no lágrimas, la nación pide a sus hijos.

Si hoy se pierde una batalla no se recobra el honor

sino venciendo mañana.

JACINTA. ¡ Bien dicho !

ISABEL. (¿Y no le he de amar?)

ELÍAS. El recibo...

FROILÁN. La llaga

es muy profunda, don Pablo.

Nuestras discordias infaustas nos llevan al precipicio.

Las pasiones enconadas

Nos ciegan; los pueblos gimen : no hay dinero; esto no marcha;

no vamos todos a un fin;

los partidos...

PABLO. Así hablan

el egoísmo y el miedo.

En las tristes circunstancias

se acrisola el patriotismo,

y el que noble tiene el alma

no se deja dominar

de miras interesadas,

ni de ocultas influencias,

ni de pasiones bastardas,

ELÍAS. Y el que diga lo contrario

es un..., ¿lo digo?, es un mandria.

Don Pablo es buen caballero,

y así maneja la espada

como la pluma. A propósito,

¿quiere usted hacerme la gracia

de firmar...

PABLO. ¡Ah! Si el recibo.,

(va a entrar en el café, y le detiene

D.Froilán)

Vamos...

FROILÁN. Nadie me aventaja

en patrio amor, mas al ver

tantos errores y tantas

calamidades, confieso

que mi corazón desmaya.

¡Ay, don Pablo! Rara vez

mis presentimientos fallan,

El yerro mayor de Troya

fué no escuchar a Casandra.

Crea usted a un fiel amigo.

No salga usted a campaña.

JACINTA. ¿Por qué?

PABLO. ¡Es honroso el consejo!

las chicas tienen ya edad para saber lo que se hacen. Mi individuo y nada más, Yo sé que puedo vivir sin una cara mitad. Si ellas piensan de otro modo, si ellas se quieren casar, para ellas será la dicha o la pena; me es igual. Ellas comen de su dote... Ni me quitan, ni me dan, ANTONIO. ¡Vaya, que es filosofía la de usted... original !

ESCENA V

D. FROILÁN, D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO

JACINTA, ISABEL. D. MATÍAS

[D. Matías lleva uniforme de subteniente de milicia movilizadora] *

JACINTA. ¡Cómo! ¡Aun no viene don Pablo!

MATÍAS. No tardará. Aquí en la puerta estaremos más alerta...

[A un mozo que llega a la puerta] ¡Hola! ¡Mozo...! ¿Con quién hablo? Trae sillas aquí; al momento.

ISABEL. (¡Dios mío, vela por él!) [Trae sillas el mozo y se sientan D. Matías Y Jacinta.]

JACINTA. ¿No te sientas, Isabel?

ISABEL. Sí..., me sentaré... (¡Oh tormento!)

[se sienta D. Matías y Jacinta hablan en voz baja]

MATÍAS. Mil veces afortunado mi cautivo corazón si fuese yo la ocasión de ese amoroso cuidado.

JACINTA. Vamos, deje usted esa chanza.

MATÍAS. ¡Chanza, cuando gimo y ardo, y tengo en el pecho un dardo...!

He dicho poco: ¡una lanza !

Aun ese desdén fatal amara yo con delirio si no viese mi martirio en la dicha de un rival

ISABEL. (¡Qué desgraciada nací!)

JACINTA. ¡Qué temeraria porfía!

Mi voluntad ya no es mía. ¿Qué pretende usted de mí?

MATÍAS. O tan divina beldad no estrechen brazos ajenos, o vuélvame usted al menos mi perdida libertad.

JACINTA. Si basta decirlo yo, libre es usted desde ahora;

ISABEL. (¡Si pudiera hablar!)

FROILÁN. La baja de un hombre, sea quien fuere, no es de tan grave importancia... Quédese usted en Zaragoza.

PABLO. ¡Bravo! Si esa cuenta echara cada cual, pronto estaríamos en una paz octaviana.

FROILÁN. ¡Mire usted que ya en el cielo leyendo estoy una página sangrienta! ¡Ya en mis oídos está silbando la bala matadora ! ¡Ay infeliz !

En vez de bélica palma, tu generoso ardimiento va a buscar... ¡una mortaja!

ISABEL. (¡Maldita tu boca sea!)

JACINTA. ¡Ah! ¿Qué estás diciendo? Calla.

¿Por qué afligirnos así? ¡Qué idea!...

PABLO. ¡Bah! Es una chanza.

Si yo creyese en agüeros sería un poco pesada. Pero, en fin, morir lidiando por la mejor de las causas es muerte gloriosa.

JACINTA. ¡Ah! No, Dios oír mis plegarias.

PABLO. Sólo por ti lo sintiera, (Riéndose.)

Por lo demás, no me espanta la muerte a mí. Y casi, casi, muriera de buena gana sólo por dar un petardo a mis acreedores.

ELÍAS. ¡Cáscaras !

JACINTA. Vamos, deja ya esa broma.

ELÍAS. (¡Ah! Si no firma y le matan...) Vamos, don Pablo. Esa firma...

[Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.]

PABLO. Vamos...

FROILÁN. ¡Ya suenan las cajas !

JACINTA. ¡Oh pena!

ISABEL. (¡Amargo momento !)

ELÍAS. (¡Voto a...!) Si usted me firmara...

PABLO. (Abrazando a Jacinta.)

¡Adiós!, bien del alma mía

La ausencia no irá larga.

¿Serás fiel?

JACINTA. Hasta la tumba.

¡Oh! Poco he dicho. La llama que abrasa mi corazón ni en el sepulcro se apaga.

ELÍAS. (Los momentos son preciosos.)

<p>libre y sin costas. MATÍAS. ¡Traidora! ¿Te burlas de mí? JACINTA. Yo no. MATÍAS. Si otro consuelo no halla el afán que me atormenta, me hago dar muerte sangrienta en la primera batalla. ¡Qué temeraria virtud! JACINTA. ¿Conque usted quiere un favor?... Bien. Portarse con honor, buen viaje y mucha salud. MATÍAS. Eso se dice a cualquiera. JACINTA. Mas no como yo lo digo. Le amo a usted... como a un amigo. MATÍAS. ¿Por qué no de otra manera? JACINTA. Porque estoy comprometida y así la suerte lo quiso. MATÍAS. ¿Y a no mediar compromiso? JACINTA. Entonces... ISABEL. (¡Fatal partida!) JACINTA. Me apura usted demasiado, ¿Pretende usted que yo fragüe...? MATÍAS. Si no amara usted a Yagüe... JACINTA. Usted sería el amado. MATÍAS. Ya que victoria no cante, aunque la razón me sobre, no es malo que aspire un pobre a la primera vacante. JACINTA. Basta. Merece castigo quien a la dama echa flores de su amigo. MATÍAS. Hija, en amores no hay amigo para amigo, JACINTA. Pues de camarada fiel Se la echa usted. MATÍAS. Estoy loco. Anímeme usted un poco, y hoy mismo riño con él. JACINTA. Busque usted más alta gloria combatiendo al despotismo, y vézase usted a sí mismo, que es la más noble victoria. MATÍAS. ¡Amonestación discreta! Mas quien mira esos encantos... JACINTA. Déjeme usted con mil santos. Yo no quiero ser coqueta. MATÍAS. ¡Cruel...! JACINTA. (Lástima me da, mas el deber... ¡Y es buen chico!) MATÍAS. Tus ojos... JACINTA. Calle usted el pico, que viene Pablo. ISABEL. (¡Allí está!) [se levantan viendo venir a D. Pablo. y reparando en</p>	<p>Traeré el tintero...) (A un mozo desde la puerta del café.) ¡Despacha! ¡Un tintero! (por el gusto de que yo me ahorque de rabia se bará matar.) PABLO. En tus ojos prisionera dejo el alma. JACINTA. ¡Adiós!...- La pena me ahoga. (Sollozando) Mi corazón te idolatra más de lo que yo creía. Si mi desventura es tanta que por la postrera vez tu Jacinta fiel te abraza, ¡ay!, te seguiré muy pronto a la tumba solitaria, ¡Adiós! PABLO. (Desprendiéndose de sus brazos) ¡Adiós! FROILÁN. (Abrazando a D. Pablo.) ¡Caro amigo! ELÍAS. (con el papel en una mano Y el tintero en la otra) (No me dejan meter baza el amor y la amistad.) FROILÁN. ¡Adiós! La lengua me embarga el sentimiento... PABLO. [Volviéndose a Jacinta., que llora.) ¡Qué llantos!... Aunque me fuese a la Habana., Ea, adiós... No mas... (Yéndose) ¡Adiós! ISABEL. (Con amargura y llorando.) (¡Y a mí no me dice nada!) ELÍAS. ¡Don Pablo!... ¡Señor don Pablo!... PABLO. (Volviéndose) ¡Pobre Isabel!... Me olvidaba., Venga un abrazo. [La abraza.] ISABEL. (Estremecida de gozo) (¡Ah, Dios mío!) PABLO. Case usted a esta muchacha, don Froilán. Está tan triste., Adiós. Cuídame a tu hermana. ISABEL. (¡Infeliz!...) Así lo haré. ELÍAS. Antes de romper la marcha... (Viendo D. Pablo que D. Elías se dirige a él con los brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan por tierra papel y tintero</p>
--	---

<p>las damas los interlocutores se incorporan con ellas.)</p> <p style="text-align: center;">ESCENA VI</p> <p>ISABEL, JACINTA, D. FROILÁN, D. MATIAS, D. PABLO, D. ANTONIO, D. LUPERCIO, D. MARIANO, D. ELÍAS *</p> <p>PABLO. Me vienen perfectamente los tres mil reales y pico, y con la vida y el alma quedo a usted agradecido.</p> <p>JACINTA. (Mi Pablo... No, no es posible que yo ponga mi cariño en otro hombre.)</p> <p>ELIAS. El interés es muy corto. Un veinte y cinco por ciento...</p> <p>PABLO. Sí, en cuatro meses..., no me parece excesivo.</p> <p>ELÍAS. Ser servicial y económico son mis dotes favoritos. Sin lo segundo no hiciera lo primero. Economizo, y de esta manera puedo ser útil a mis amigos.</p> <p>PABLO. ¡Bien! Lo explica usted a modo de charada o logogrifo.</p> <p>ELÍAS. No tomará usted a mal que extendamos un recibo...</p> <p>PABLO. Sí, sí, que somos mortales.</p>	<p>PABLO. Sí. ¡ Adiós, adiós, don Elías ¡ ELÍAS. (En vez de firmar me abraza... ¡ Adiós, tintero! El papel...)</p> <p>JACINTA. ¡ Pablo!</p> <p>PABLO. ¡ Jacinta!</p> <p>[Le da el último abrazo. Y vase oorriendo.]</p> <p>ELÍAS. [Buscando la pluma despúes de haber recogido el tin-tero.]</p> <p>¡Mal haya!...</p> <p>¡Don Pablito!... ¡Échale un galgo!</p> <p>¡Don Pablo!... Ya ¿quién le alcanza? (Arroja enfadado el tintero.)</p> <p>ESCENA IX</p> <p>ISABEL, JACINTA, D. FROILAN, D.ELÍAS</p> <p>JACINTA. Vamos a verle marchar...</p> <p>FROILÁN. No. La gente., Los caballos...</p> <p>¡Eh! Ya no es tiempo... Y los callos que no me dejan andar...</p> <p>¿Y a qué repetir..? No, no.</p> <p>ELÍAS. (¡Ahí es un grano de anís! ¡Diez onzas!)</p> <p>JACINTA. Vamos...</p> <p>[Una música militar toca a lo lejos.]</p> <p>FROILÁN. ¿Oís?</p> <p>Suena la marcha. ¡ Partió !</p> <p>JACINTA. ¡No podré vivir sin él!</p> <p>ELÍAS. ¡ Libértale de un balazo, Virgen del Pilar!</p> <p>FROILÁN. (Da el brazo a Jacinta.)</p> <p>El brazo,</p> <p>y a casa. Usted a Isabel.</p> <p>[D. Elías da el brazo a Isabel]</p> <p>ELÍAS. Con mucho gusto. (¡ Qué bella! Esto alivia mi dolor.</p> <p>A estar de mejor humor. hoy me declaraba a ella.}</p> <p>FROILÁN.¿ Que hace usted tan pensativo ?</p> <p>Ande usted.</p> <p>JACINTA. ¡ Qué desconsuelo!</p> <p>ISABEL. (Me ha dado un abrazo. ¡Oh cielo!}</p> <p>ELÍAS. (¡ No me ha firmado el recibo!}</p>
---	--